

El arte de hablar y escribir

Experiencias y recomendaciones



Raúl Rojas Soriano



Edición revisada y aumentada

PLAZA Y VALDES

P Y V

EDITORES

www.raulrojassoriano.com

En la fotografía superior derecha el autor imparte un curso en Argentina, en noviembre de 1994, y en la fotografía inferior dirige un mitin en Emiliano Zapata, Morelos, en mayo de 1973.

Primera edición: febrero del 2001
Segunda edición: abril del 2001
Tercera edición: junio del 2001
Cuarta edición: marzo del 2002
Quinta edición: octubre del 2002
Sexta edición: marzo del 2003
Séptima edición: noviembre del 2003
Octava edición: agosto del 2004
Novena edición: mayo del 2006
Décima edición: diciembre del 2007
Décimo primera edición: julio del 2008
Décimo segunda edición: septiembre del 2009
Décimo tercera edición: mayo del 2011

**El arte de hablar y escribir.
Experiencias y recomendaciones**

© Raúl Rojas Soriano
© Plaza y Valdés, S.A. de C.V.

Derechos exclusivos de edición reservados para todos los países de habla española. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización escrita de los editores.

ISBN: 968-856-892-9

Impreso en México / *Printed in Mexico*

www.raulrojassoriano.com
www.facebook.com/rojassorianoraul
@RojasSorianoR

**Esta obra puede descargarse completa en la página
electrónica www.raulrojassoriano.com**

Capítulo XXIV

El desafío de prologar y presentar en Cuba un libro sobre el Che Guevara

1. Hallarme cerca de algo o de alguien que evoque a Ernesto Che Guevara, *prototipo del rebelde que lucha por un mundo mejor*, siempre me emociona. Era uno de nuestros ídolos durante el movimiento estudiantil de 1968; por eso acepté en el acto la propuesta del director de la Editorial Plaza y Valdés, para que fuese el prologuista de una obra escrita por un revolucionario cubano, amigo del mítico guerrillero.

Me comprometí siempre y cuando el comandante Jorge Serguera Riverí (“Papito”), autor de *Los caminos del Che. Datos inéditos de su vida*, estuviese de acuerdo y aprobara mi presentación.

2. El texto se entregó a la editorial a principios de septiembre de 1997 y debía editarse antes del treinta aniversario del óbito (muerte) del Che en Bolivia (a conmemorarse el 9 de octubre de 1997).

Poco era el tiempo disponible para publicar un volumen de casi 400 páginas, y más porque incluía modismos del español de Cuba que debían revisarse con esmero, a fin de evitar frases confusas para quienes hablan dicho idioma en otros países.

Por mi parte, el pergeñar el prefacio de unas memoranzas bien escritas, donde se relatan aspectos señeros de la vida del Che Guevara, significó una verdadera provocación a mi intelecto, tanto por el lapso breve para entregarlo, como por la responsabilidad que representaba hacerlo, a sabiendas de que sería leído por combatientes de la Revolución Cubana que lucharon con él.

Pensaba que mi *presentación* no debía pasar de cinco cuartillas con el propósito de incitar su lectura en quienes leyeran el libro, dado que muchos ignoran el prólogo e inician a partir de las páginas redactadas por el autor de la obra. Por eso, el primer desafío consistía en arrobar al lector remiso para que se sintiera atraído por mi proemio.

3. Disponía de pocos días, pues las memorias se encontraban en el proceso de edición a fin de que se publicaran antes de la efeméride, para su divulgación masiva.

Una cuestión preliminar surgió al punto: *¿Cómo empezar la redacción del preámbulo?*

Rememoré lo dicho por Octavio Paz al reportero del *Excélsior* dos días antes de recibir el Premio Nobel de Literatura. A pregunta expresa sobre la rémora más grande que debía enfrentar al escribir, el galardonado declaró, de manera lapidaria: “Hallar la primera frase, lo más difícil”.

Si me atrevo a transcribir esta respuesta, al igual que algunas recomendaciones enunciadas en los capítulos precedentes, es con la mira de que al reiterarlas, aplicándolas a un caso concreto, su comprensión resulte sencilla para que sea un estímulo en cuanto te decidas.

Efectivamente, afrontaba en ese momento dicha realidad, pues confeccionar mi quimera implicaba un reto de verdad, que me hizo sufrir por horas.

4. Surgió a vuela pluma un primer borrador con ideas un tanto dispersas; lo revisé varias veces para depurar la escritura. Tomé en cuenta lo que aconsejo a mis alumnos y alumnas y apunto en éstos párrafos.

El texto debía llamar la atención desde el preludio. En razón de esto, agregué al título: **PRESENTACIÓN**, el subtítulo: *Un desafío para el lector*.

Grandes eran mis expectativas, la de conquistar al leyente. Por ello, razonaría cada vocablo, frase y párrafo que escribiera, los cuales revisaría escrupulosamente hasta conseguir que el documento irradiara cadencia.

La exposición de las ideas debía ser clara y precisa; a la vez, su encadenamiento estructurarse de modo tal que resultase algo hermoso; sería –meditaba– como leer un poema de amor.

Me preocuparía tanto por el contenido como por la forma de escribir los pensamientos, toda vez que así atraería de inmediato la curiosidad del lector. Ése, al menos, era mi afán.

En este proceso cuidaría la entrada de cada acápite con el fin de evidenciar desde ahí la belleza del lenguaje y sirviese, al mismo tiempo, de acicate para proseguir la lectura. Por si fuera poco, el comienzo de cada párrafo marcaría, como una ruta imaginaria, por dónde se encastraría la argumentación.

No bastaría redactar un párrafo con pulcritud si no atendía a su enlace con los restantes. Pasar de uno a otro encerraba un reto: cómo evitar saltos que patentizan una falla notable en quienes apenas incursionan en este arte, si bien los escritores experimentados no se hallan exentos del error de expresarse de manera desarticulada.

Otras exigencias: suprimir cacofonías y no repetir un vocablo en el mismo párrafo o en párrafos contiguos, salvo si resultase indispensable; tratar de que éstos no fuesen grandes para que desde la primera ojeada se vieran atractivos, pero tampoco que se parecieran a telegramas. En ocasiones no conviene reducir el tamaño de un acápite pues se trunca el desarrollo del concepto.

5. Especial cuidado dedicaría a superar los *lapsus cálami*, es decir, mis yerros al correr la pluma: abusar del vocablo *que* (una forma de queísmo), así como construir frases donde incluyo términos innecesarios o verbos comodines que empobrecen la fuerza expresiva de nuestro léxico, entre otros vicios.

Además, no redactaría párrafos de igual tamaño en una misma página porque esto vuelve cansada la lectura. Revisaría la construcción de los pensamientos para que no quedasen inconclusos y procuraría que la puntuación fuese la correcta para facilitar su comprensión.

No debía, del mismo modo, descuidar la ortografía pese a contar con programas computacionales que ayudan a localizar erratas, pues aquéllos no detectan siempre todas las fallas.

Requería también de las herramientas sustantivas de cualquier prosista, un diccionario de sinónimos y otro de español. En mi retentiva guardaba las restantes recomendaciones plasmadas en los capítulos previos.

Pensaba en la reflexión de Paulo Freire:

Lo más importante es escribir tomando en cuenta la claridad del texto, la capacidad de decir lo que había que decir, el buen gusto del lenguaje. En trabajos anteriores –continúa Freire– he insistido en que no existe antagonismo entre escribir con rigor y escribir bonito. He destacado que la búsqueda de la belleza en la producción

del texto no es sólo deber de los artistas de la palabra, sino de todos y todas los y las que escribimos (Cartas a Cristina, p. 188).

6. Del primer borrador surgieron otros más depurados que, a la vez, me llevaban a nuevas inquietudes, a la exigencia de perfeccionar el trabajo con el afán de que la *Presentación* no desmereciera frente a la obra del comandante Jorge Serguera Riverí; procuraría, pues, responder al contenido de ésta y a convertir en realidad mi anhelo perenne al redactar cualquier texto, *el de cautivar al público*.

Para conseguir lo primero revisé otra vez el libro. Hubiese deseado leerlo muchas veces; empero, debía entregar el documento a la brevedad para que las memorias del comandante Serguera se publicaran a tiempo. De esta segunda revisión se derivaron nuevos elementos para afinar algunas ideas e incluir otras en la *Presentación*.

Con el propósito de localizar giros gramaticales impropios, leía en voz alta las distintas versiones del prefacio. Esta práctica resultó efectiva porque descubrí varias imperfecciones en su redacción.

Como no me dedicaba sólo a escribir, dado que debía atender otros asuntos, ello me creaba cierta impaciencia, pues –cavilaba–, ahora que me siento inspirado debo cumplir con tal compromiso (impartir clases, por ejemplo).

Evocaba entonces lo que Josué de Castro (autor del libro *Geografía del hambre*) les aconsejaba otrora a sus amigos, entre quienes estaba Paulo Freire:

*Les sugiero un buen hábito para los que escriben: Terminado el libro, el ensayo, métenlo en “cuarentena” por tres o cuatro meses en un cajón. Después, en una noche determinada sáquenlo y reléanlo. Uno siempre cambia “algo” (Paulo Freire, *Pedagogía de la esperanza*, pp. 56-57).*

Recurrí en otras ocasiones a semejante recomendación con buenos resultados; mas, ahora, me era prácticamente imposible atenderla. Ni siquiera podía ignorar el escrito unas semanas o días, aunque sí consideré oportuno “olvidarme” de él algunas horas mientras me dedicaba a otras actividades; ello servía para descansar un rato del correr de la pluma, aunque en el fondo de mi ser el proyecto permanecía latente.

La tarea de exponer nuestras ideas, sin duda maravillosa en tanto que se liberan las energías creadoras del espíritu, nos aprisiona por momentos dentro de nuestra propia imaginación. Así, nos damos cuenta de la lentitud con que avanzamos, pues los logros resultan insuficientes, por no decir desalentadores.

Esta sensación, contraria a lo esperado, se manifiesta, verbigracia, en la confusión que observamos en cuanto al modo de ordenar los pensamientos. En vez de

cristalizarlos se advierte muchas veces una mayor dispersión por la manera como se redactaron. Empero, en otros intentos se consigue dar a luz páginas más depuradas.

En tales circunstancias rememoraba la reflexión de Alan F. Chalmers que ilustra lo anterior: “Comenzamos en la confusión y acabamos en una confusión de un nivel superior” (*¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, p. 9). No en un mayor embrollo, aclaro.

7. La frustración y el desánimo acechan a cada instante con sus consecuentes resultados: desistir del propósito de publicar el documento o dejar de corregir y entregarlo ya. Esa dialéctica –en la que se mezclan los aspectos objetivos y subjetivos– forma parte de la vida del escritor.

En mi caso, si bien procuraba olvidarme del prólogo, lo cierto es que en mi interior seguía pensando en él fuera del estudio. El texto en ciernes no me dejaba en paz; tampoco yo a él. Sin embargo, cuando no lo contemplaba físicamente, ello ayudaba para relajarme y el efecto era reconfortante: volver con nuevos bríos a la mesa de trabajo con el afán de salir avante.

Una y otra vez revisaba las ideas plasmadas en papel y en cada momento hallaba más detalles que subsanar. Pese a la cortedad del escrito, parecía arduo elaborarlo con esmero por el breve lapso disponible.

La presión generaba un mayor desgaste físico y mental aunque, por otra parte, fomentaba mi numen para con-

vertir el proceso de escribir en un verdadero arte que disfrutaba íntimamente.

Al redactar recordaba el pensamiento de Eduardo Galeano: “Que el lector sienta que la historia está ocurriendo mientras las palabras la cuentan” (*Días y noches de amor y de guerra*, p. 214).

8. Revisaba el octavo borrador cuando de la editorial requirieron el prefacio para incorporarlo a las memorias del comandante Serguera; de no entregarse a la brevedad, el proceso se detendría y, en consecuencia, la obra no se publicaría oportunamente.

De mi esfuerzo dependía cumplir o no con los compromisos adquiridos: su presentación en la UNAM y la realización de entrevistas en la radio, así como su divulgación a través de la prensa escrita. Pedí 24 horas para llevar el documento.

Antes de enviarlo al autor del libro, solicité a la profesora Amparo Ruiz del Castillo y al director de la editorial que leyeran el legajo para contar con otros puntos de vista. Hecho esto, se remitió por fax a Cuba.

La respuesta del comandante Jorge Serguera Riverí llegó el mismo día: le agradó el prólogo. Con todo, no quedé conforme y volví a revisarlo; pulí algunos pensamientos e incluí otros para cerrarlo con *broche de oro*.

Camino a la editorial me di tiempo para repasarlo por última vez; sólo cambié de lugar una coma.

9. Me sentía satisfecho con el proemio; en él se plas-
maban tanto mis puntos de vista como mi estilo de es-
cribir. Al respecto debo decir que el modo de redactar
es parte de la personalidad del sujeto, su pulcritud o de-
jadedez. No me cabe la menor duda.

Si existe esmero en refinar la construcción gramati-
cal y en cuidar la ortografía, poco a poco superaremos
los vicios y fallas que se cometen en este proceso, toda
vez que tal proceder lo juzgo como una exigencia para
ser originales en la exposición de las ideas; por ello, me
atrevo a afirmar que *quien escribe en forma rebusca-
da, así tendrá sus pensamientos: abstrusos*.

No exagero cuando apunto lo antedicho para perfec-
cionar un texto. Viene a mi mente la manera de obrar de
Gabriel García Márquez, la cual expongo para sacar a la
luz esta disposición natural del escritor meticuloso,
la de preocuparse él mismo, con la ayuda de otros, por
pulir su obra, vigilando todos los detalles para evitar
gazapos:

*Antonio Bolívar Goyanes [...] tuvo la bondad de
revisar conmigo los originales, en una cacería
milimétrica de contrasentidos, repeticiones, in-
consecuencias, errores y erratas, y en un escru-
tinio encarnizado del lenguaje y la ortografía,
hasta agotar siete versiones. Fue así como sor-
prendimos con las manos en la masa a un militar
que ganaba batallas antes de nacer, una viuda*

que se fue a Europa con su amado esposo, y un almuerzo íntimo de Bolívar y Sucre en Bogotá, mientras uno de ellos se encontraba en Caracas y el otro en Quito (El general en su laberinto, p. 274).

10. Se pensaba presentar la obra en la Casa Universitaria del Libro (dependencia de la UNAM) y difundirla a través de entrevistas a su autor en periódicos y por radio.

Revelo algunos de los cargos y actividades del Comandante Jorge Serguera Riverí, durante y después de la Revolución Cubana, para tener una idea más precisa de la trascendencia del otrora adalid.

Abogado defensor de revolucionarios en los Tribunales de Urgencia; auditor general de las fuerzas armadas y jefe de los tribunales revolucionarios; fiscal de la Audiencia de La Habana; jefe militar de las provincias de Matanzas y de Las Villas y del 5o. Cuerpo del Ejército de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba con sede en Camagüey. Fue también fiscal de los procesos políticos de más relieve de la Revolución. Además, en 1965 fungió en Argelia como embajador de Cuba y en 1967-1974 en la República Popular del Congo. Fue miembro de la Delegación que acompañó a Fidel Castro en sus dos primeros viajes a la antigua Unión Soviética. Compañero inseparable de Ernesto Che Guevara en sus viajes por varios países de África.

Para suscitar una mayor polémica en torno al escritor y su obra, me puse en contacto con Jorge Serguera Riverí dos días antes de divulgar el libro en México. El propósito era plantearle un asunto que en términos de inculpación le hacía Jorge G. Castañeda, autor del volumen *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara*:

Para Serguera, otro elemento decisivo en la opción de internarse en el África estribaba en la situación geoestratégica de este territorio. De acuerdo con el embajador cubano en Argelia (Serguera), quien fue acusado de haber embarcado al Che en África y de pintarle un panorama demasiado optimista, Guevara apostó a que la Unión Soviética toleraría un apoyo cubano a la lucha y a la revolución en África, aunque no fuera el caso por el momento en América Latina (pp. 347-348).

Dado que el amigo del guerrillero legendario no podría estar en la fecha acordada en la ciudad de México para presentar sus memorias (3 de octubre de 1997), estimé pertinente dar a conocer su pensamiento acerca de la imputación de Jorge G. Castañeda.

Propuse al comandante Serguera preparar su contestación; yo me comunicaría con él a la ciudad de La Habana el día de la entrevista, la cual se transmitiría en un

programa de radio con difusión en todo el país, y cuyo conductor era el connotado periodista Ricardo Rocha.

Le sugerí dejar su línea telefónica desocupada a la hora prevista, considerando el horario diferente que existe entre ambas ciudades.

El comandante Jorge Serguera Riverí respondió de manera contundente al comentario-acusación de Jorge G. Castañeda en el sentido de que él (Jorge Serguera) embarcó al Che Guevara en la aventura del África al “pintarle un panorama demasiado optimista”.

En forma clara y precisa Serguera demuestra la diferencia entre quien concibe un texto desde una posición cómoda y quien escribe teniendo como aval el cúmulo de experiencias vividas durante la lucha revolucionaria en su país. Su respuesta completa permanece grabada, la cual por falta de espacio no transcribo.

11. La presentación del libro se llevó a cabo en la fecha indicada, en ausencia del comandante Jorge Serguera. Aun así, el acto fue realmente emotivo. Fungí como moderador del mismo.

Entre los expositores se hallaba un combatiente de la Revolución Cubana, adlátere del autor. Cuando le correspondió expresar su comentario, su voz sólo se escuchaba en las primeras filas, a pesar de disponer de micrófono. Le demandé hablar más fuerte y no pudo hacerlo. Insistí, con resultados similares; de inmediato sugerí a la

persona que se encontraba a su lado, acercase más el micrófono a dicho presentador.

Ese luchador, al igual que el Che Guevara, evidenciaba cierto temor de tener el aparato delante de la boca (véase el capítulo VI).

12. Para contar con la participación del autor decidí al alimón (conjuntamente) con el director de la editorial que publicó la obra, organizar otra presentación en Cuba, durante la Feria Internacional del Libro a verificarse en el mes de febrero de 1998.

Estimamos que dicho acto en ese país resultaría trascendental, toda vez que se conocerían datos inéditos de la vida del mítico personaje. Suponíamos que asistirían combatientes de la lucha revolucionaria y dirigentes del gobierno cubano. Era necesario, por lo mismo, prepararnos para afrontar con éxito el compromiso.

Algunos funcionarios del régimen estaban enfadados porque el volumen se había editado primeramente fuera de la isla; quizá por ello se mostraban renuentes a apoyar su difusión.

No se tenía, pues, la seguridad de divulgar el texto en La Habana según lo expresado por el comandante Serguera, quien estaba un tanto molesto y, a la vez, triste, dada la situación desencadenada por la edición de sus memorias en México, antes que en su patria.

Con tal incertidumbre viajé con el director de la Editorial Plaza y Valdés a ese país, para persuadir al comandante Serguera de presentar su obra en un acto al que invitaríamos a los combatientes de la Revolución Cubana que aún vivían. El hijo del autor nos ayudaría a convencerlo.

Una vez que logramos dicho propósito me afané —como moderador— en diseñar la estrategia para la difusión del libro, misma que le describí a Serguera un día antes de la fecha prevista (8 de febrero de 1998).

Partí del supuesto de que tal suceso resultaba relevante tanto para quienes lucharon en la gesta armada como para diversos miembros del gobierno y población en general. Debíamos, por ende, planear una presentación fuera de lo común; por lo mismo, no concebía una sesión tradicional a sabiendas de que asistirían individuos que expusieron a diario su vida en la lucha revolucionaria.

La idea era mantener al público en máxima tensión desde el preludio. Asimismo, durante el desarrollo de la actividad debería introducir elementos novedosos para concentrar su atención.

Con el autor del texto revisé los distintos detalles relativos a la organización, así como los pasos a seguir si surgían hechos imprevistos.

Cabe puntualizar que tres meses antes recurrí a dos intelectuales cubanos con la intención de que comprometieran a especialistas en la materia, para que comentaran las memorias de Serguera.

Debía cuidar todos los pormenores; era como prepararnos para ir al combate, por lo que no dejaría nada al azar; ello implicaba controlar los diversos aspectos de la divulgación, por ejemplo: cerciorarnos de que la actividad se llevara a cabo en un lugar adecuado en la Feria Internacional del Libro; tener la certeza de que acudirían, atraídos por la fama inmarcesible del Che, los personajes más conspicuos de la vida política y académica de Cuba.

13. Llegó el día esperado. Existían en mí sentimientos contrapuestos, pues, por una parte, anhelaba ansiosamente vivir el momento culminante; mas, por la otra, temía fracasar.

La gente rebasó la capacidad del auditorio; en la primera fila se encontraban varios comandantes de la Revolución Cubana: el jefe de inteligencia del gobierno durante muchos años, Manuel Piñeiro Lozada (“Barba Roja”); Armando Hart Dávalos, jefe de la resistencia en el llano y ex ministro de Cultura, entre otros, así como el hijo del presidente Fidel Castro.

Como moderador debía iniciar la apertura de la sesión; empero, como iconoclasta, no seguí las normas tradicionales: dar a conocer a los comentaristas de la obra, leyendo el *currículum* de cada uno de ellos.

La presentación organizada en México meses antes fue una lección valiosa. La estrategia en aquélla y en la que estaba por realizarse era idéntica, o sea *dejar expectante al público desde el principio*.

En razón de ello la entrada debía ser espectacular. La idea me surgió al evocar la película más recordada de Bruce Lee, *Operación dragón*, la cual inicia de manera insólita: con una demostración magistral de artes marciales de ese afamado karateca, antes de dar a conocer el título de la película y los nombres de sus protagonistas.

De acuerdo con la estrategia, sin siquiera saludar a la concurrencia, prorrumpí en estos términos:

¡Comenzamos!... ¿Fidel Castro conoce su obra?, le pregunta el reportero de *La Jornada* al comandante Serguera Riverí, autor de las memorias que hoy presentamos.

Mientras profería en tono enfático lo antedicho, enseñé al auditorio el diario mexicano en donde se publicó la entrevista que Carlos Martínez le hace a Serguera el 29 de septiembre de 1997, intitulada: “Si el *Che* viviera, conspiraría contra el imperialismo”.

—A dicha pregunta del reportero contesta el adalid (al decir esto vuelvo de nuevo a leer el periódico): “No. Si se lo hubiera mostrado antes, habría querido añadir o quitar cosas, entonces ya no hubiera sido mi libro. Prefiero, si Fidel está en contra en algo, asentarlos en la segunda edición, que entonces tendrá más lectores y será más polémico”.

Luego de semejante entrada inusual en un acto de este tipo, retomo la parte convencional del mismo, es decir, saludar al público y referirme a la trayectoria de cada uno de los comentaristas y del escritor.

Aquéllos conocían los pormenores de la Revolución Cubana y las andanzas del Guerrillero Heroico. Sus puntos de vista sobre las memorias de Serguera fueron atinados y se ganaron el reconocimiento de los oyentes.

Al concluir el primer presentador toqué brevemente la forma como se editó el texto, y con tiento justifiqué por qué en México (a sugerencia esto último del autor, quien deseaba dejar en claro que la publicación en otro país fue a causa de las penurias económicas existentes en Cuba, para que saliera a la luz antes del 30 aniversario del óbito del Che Guevara).

Acto seguido, leí trozos de la obra que seleccioné, a fin de mantener la expectación de la multitud, sobre todo porque en ellos *se exhibe la parte humana y desafiante del héroe legendario durante la gesta revolucionaria*; encima, mencioné datos inéditos de su vida, desconocidos en la isla. Comencé evocando la coyuntura en la que Serguera conoció al Che:

Como me había despedido de Fidel, con indicaciones y respuestas para Raúl, iba a partir para La Plata y como el Che llevaba ese mismo camino para su campamento central en Mompié me invitó a ir con él una parte del trayecto, facilitándome un mulo mientras él iba en “Pajarito”, su famoso mulo de la sierra –relata el comandante Serguera.

En el trayecto entre Las Minas y Mompié nos sorprendieron dos cazas F-47. Los vi venir y no los perdía de vista cuando de las alas se distinguieron chispazos azulados. Sin pensarlo me abalancé del mulo buscando una brecha, hueco, árbol, cuando casi simultáneamente con un estruendo infernal pasaban unos y estallaban otros proyectiles del avión, inmediatamente el ruido ensordecedor de los motores que pasaban rasante a la par que indiferentes remontaban hacia el sureste. Me levanté, kafkianamente, el mulo pastaba. Soledad y silencio. Lejos, como a cien metros en su cabalgadura sin mirar atrás, el Che había continuado imperturbable. Me monté en el mulo y con su trote, a pesar de mis golpes, minutos después alcancé al Che. “¡Te tiraste pendejo!” “¡Sí, pero yo veré el final y tú no!”

Aquella conducta me pareció irracional. Para mí era imprudencia, no valor. Temeridad innecesaria. Su observación, tal vez por la misma razón me avergonzó y me molestó. Sin conocerme bien y ante lo pueril del hecho me pareció su juicio precipitado. Luego comprendí que para él, aquella actitud ante la vida y en la coyuntura en que se hallaba era un patrón de conducta y un reto permanente a la debilidad y a la cobardía. No llevaba implícito ningún daño personal [...]

El Che no encajaba en ninguna clasificación psicológica. Nosotros decíamos que se llevaba recio a sí mismo (ser estricto consigo mismo). De una austeridad sorda, callada y permanente [...]
El Che, para el que lo conoció de cerca, siempre en el borde de la realidad: un mito vivo (Jorge Serguera Riverí, *Los caminos del Che. Datos inéditos de su vida*, pp. 61-62).

Me referí, igualmente, a la forma como el comandante Serguera, a la sazón embajador en África, sirvió de enlace entre el Che y el general Juan Domingo Perón, radicado en Madrid, España, con el propósito de que éste recibiera el apoyo de Cuba en la restauración de la democracia en Argentina.

Por diversas razones, no imputables al Che, la relación entre ambos personajes no prosperó; este hecho muestra el interés que el mítico guerrillero tenía por su país natal. El vínculo entre Guevara y Perón se desconocía en la isla.

En cierto momento el último de los comentaristas hizo alusión a las críticas formuladas contra Jorge Serguera Riverí: “Algunos autores han señalado que el comandante Serguera embarcó al Che Guevara en la aventura del África al pintarle un panorama optimista...”.

Esperé a que concluyera para aprovechar la oportunidad a fin de que Serguera dejara impoluto su nombre.

–Efectivamente, Jorge G. Castañeda en su libro *La vida en rojo* plantea esa inculpación. La respuesta que dio el comandante Serguera en una entrevista por radio, divulgada en México, a finales del mes de septiembre de 1997, la tengo grabada aquí (diciendo esto levanté el casete para enseñarlo a la muchedumbre); empero, como Serguera se encuentra entre nosotros, le ruego contestar a esa delación.

El adalid se puso de pie y con la vehemencia de quien ha vivido los avatares de la lucha revolucionaria, plasmados en las memorias que en esos instantes presentábamos, se dirigió a la multitud. Su voz elocuente penetraba en todos los rincones del auditorio; en tanto, los espectadores escuchaban absortos, pero vivamente emocionados, su vibrante alocución.

Concluidas sus palabras el público se paró y durante varios minutos aclamó la contestación categórica del insurrecto a la imputación anodina de Castañeda.

14. Terminada la presentación, los combatientes de la Revolución Cubana se acercaron al *presidium* para saludar a su compañero de armas. Dos de ellos, Manuel Piñeiro Lozada (“Barba Roja”) y Armando Hart Dávalos, expresaron sus felicitaciones por el prólogo que escribí, y por la organización del acto.

En ese preciso momento me percaté realmente de que había valido el empeño de varios días para re-

dactar en México el prefacio y posteriormente, en Cuba, para planear la difusión de la obra. Sus comentarios fueron mi mejor recompensa, los cuales dejaron una impronta indeleble en mi corazón.

Cobré ahí plena conciencia de lo trascendente que resulta esmerarse en la exposición de las ideas, con objeto de cautivar a la concurrencia.

Las sugerencias de Antonio Gramsci escritas en la cárcel a donde fue enviado por la dictadura de Mussolini, eran enseñanzas valiosas que no podría jamás olvidar:

1) “El *exterior* de una publicación debe ser cuidado con la misma atención que el contenido ideológico e intelectual; en realidad son dos aspectos totalmente inescindibles”. 2) “Conocer la psicología del público particular al que se quiere conquistar” (*Los intelectuales y la organización de la cultura*, pp. 158-159).

15. Todo salió según la estrategia diseñada, aunque algo no me dejaba en paz desde que se confirmó la presentación del libro. Por la incertidumbre respecto a si tendría lugar o no, decidí no llevar la cámara de video.

Craso error que lamenté profundamente al concluir el acto. Sólo me consolaron las palabras del ex jefe de la inteligencia cubana, el comandante Manuel Piñero Lozada (“Barba Roja”), quien haciendo honor a su fama de disponer de la mayor información secreta de Cuba sobre los movimientos guerrilleros apoyados por la isla,

me dijo: “Ya sé quién es usted”. Como respuesta a su comentario le susurré: “Me gustaría entrevistarlo algún día, comandante”, a sabiendas de que hasta esa fecha nadie lo había conseguido. Razones de Estado impedían propalar aquellos datos relativos a los movimientos insurrectos en donde los cubanos, y el Che en particular, se involucraron, y que Piñeiro Lozada poseía exclusivamente.

Ante mi requerimiento, el susodicho personaje se concretó a sonreír, dejando entrever la posibilidad. Días después, ya en México, me enteré por la prensa del trágico accidente que truncó sus sueños revolucionarios en pos de un mundo mejor.

Un anhelo dejaba de hacerse realidad. Si bien en mi mente quedan frescos los recuerdos de esa fecha, como el de convivir, luego del acto, con decenas de combatientes de la Revolución Cubana. En aquella ocasión memorable relataron muchas anécdotas con la jocosidad característica de los isleños. Les sugerí que las escribieran para sacarlas a la luz; a ello varios comandantes adujeron: “No creerían todo lo que vivimos”.

Evoco esas remembranzas en tanto que pude estar cerca del Che durante el convivio que organizaron sus correligionarios, y al dialogar por más de una hora, pese a la grave enfermedad que padecía, con su amigo de juventud, Alberto Granado, con quien recorrió en motocicleta parte de América del Sur.

Enseguida transcribo la *Presentación* que redacté para el libro del comandante Jorge Serguera Riverí.

PRESENTACIÓN

(Un desafío para el lector)

Por el Dr. Raúl Rojas Soriano

Existen pocos libros que se refieren a la presencia del Che en África. El lector tiene en sus manos una de esas obras, con la peculiaridad de que fue escrita por el único acompañante del Guerrillero Heroico en sus viajes por diferentes países africanos, y que además participó activamente en las luchas de liberación de Cuba y fue su embajador en Argelia y el Congo.

Este personaje es el comandante Jorge Serguera Riverí, “Papito”, quien proporciona aspectos hasta ahora desconocidos de la estadía del Che en ese continente y que sin duda servirán a sus biógrafos para documentarse mejor, aparte de que despertarán nuevas polémicas en torno al guerrillero.

En este libro que “ha sido meditado durante años”, como lo señala su autor, se analizan diversos hechos históricos para contextualizar la situación socioeconómica y política prevaleciente en los países africanos en donde actuó ese héroe de la Revolución Cubana. Ello contribuirá a comprender mejor la importancia que tuvo en esas tierras la presencia del Che para impulsar los movimientos nacionales de liberación y consolidación de

las nacientes repúblicas africanas que luchaban contra el colonialismo y el consecuente subdesarrollo.

Empero, no es una contextualización fría y académica, ajena a las pasiones humanas; al contrario, el comandante Serguera tiene la virtud de mantener atrapado al lector entre las páginas del texto al relatar en forma amena y pormenorizada diversas experiencias para ilustrar la realidad sociopolítica de cada momento, y adelantar posibles razones que impulsaron a los personajes que participaron en la trama social de ese periodo histórico a asumir determinados compromisos políticos y, en su caso, a realizar las acciones revolucionarias correspondientes. Como lo expresa Serguera: “La vida es más rica que la imaginación de un novelista”.

Asimismo, el autor desafía las explicaciones simplistas de los sucesos relevantes en y para la Revolución Cubana que le tocó vivir como combatiente y diplomático. Pasa así revista a distintos planteamientos teóricos sobre la práctica política y revolucionaria, ofreciendo estratégicamente a lo largo del documento pinceladas de la realidad para someter la teoría al análisis crítico de los hechos.

Las anécdotas que “Papito” incorpora vuelven más placentera la lectura y logran que el lector **viva**, como si fuera uno de los protagonistas, los diferentes episodios del proceso histórico africano y, en particular, donde al Che le correspondió actuar.

Cabe mencionar que en estas páginas no solamente se tratan las luchas del guerrillero y en ese sentido se observa una desmistificación de este personaje al detallarse la participación de otros revolucionarios, incluido el autor, en ese y en otros continentes, por lo que la obra no tiene un solo protagonista en tanto que la lucha revolucionaria no es cuestión de un solo hombre, aunque en el fondo resalte la figura del Che como la principal.

Al guerrillero se le analiza considerando las turbulencias políticas internacionales y los cambios que experimentaba Cuba en esa época, y se le sitúa en medio de las pasiones que desatan los distintos personajes que intervinieron a favor o en contra de la Revolución Cubana. Al hablar sobre Ernesto Guevara el comandante Serguera dice: “Voy a referirme aquí al Che que conocí, al hombre de carne y hueso” quien “abandonó las prerrogativas que el poder concede y puso en juego su vida para probar sus verdades”.

Es, pues, un relato humano, crítico y comprometido con los ideales de la Revolución Cubana. Fue elaborado por un verdadero luchador quien, por lo mismo, posee la autoridad moral e intelectual para ofrecernos sus ideas y experiencias políticas y revolucionarias, las cuales resultan auténticas lecciones de Ciencia Política que debemos examinar críticamente para orientar los procesos de transformación de nuestra realidad histórica concreta.

Además, Jorge Serguera enriquece el texto con expresiones que revelan a un individuo enamorado de la vida y del amor y, por lo mismo, las páginas son envueltas por el calor humano que contagia al lector al llevarlo a escenarios en los que poco a poco va sintiéndose parte de la trama.

La manera como están redactados los pensamientos, anécdotas y acontecimientos nos permite disfrutar de cada renglón y cada párrafo y, al menos en lo personal, deseé que la lectura se prolongara indefinidamente como un modo de mantener un contacto permanente con aquella realidad que atrajo poderosamente la atención del Che.

La situación que ahí observó y los hechos que sucedieron “le llevaron –como dice Serguera– a una visión cualitativamente nueva de los problemas del Tercer Mundo y de la forma en que éste podía encarar su situación política, económica y social”.

Las realidades del subdesarrollo y la impotencia de combatirlo por las vías convencionales condujeron al guerrillero, en hipótesis que se desprende implícitamente del libro, a buscar nuevos caminos para hacer viable su utopía, mismos que le guiaron a Bolivia en donde pondría a prueba, a través de la práctica revolucionaria, sus desafíos teóricos y anhelos humanistas que, finalmente, le costaron la vida. El Che pudo así concretar una de sus proféticas frases de combate: “¡Qué importa

la vida de un hombre cuando está en peligro el futuro de la humanidad...!”

Solamente quien participó como revolucionario en el Movimiento de Liberación de Cuba y en la consolidación de su política exterior en África, que vivió cerca del Che y compartió inquietudes, anhelos y frustraciones con el Guerrillero Heroico en la construcción de una sociedad más justa, pudo haber escrito una obra polémica como ésta, que muestra las debilidades, compromisos y potencialidades de los individuos en su relación con el poder y en su lucha por un mundo mejor.

Es un libro con un gran contenido humano y, por ello, estoy convencido de que generará en los leyentes pasiones, desafíos y esperanzas de acuerdo con su realidad histórica específica.

Combatiente de muchas batallas teniendo como rivales a enemigos poderosos, “Papito” se enfrenta ahora, con las armas del intelecto y con una capacidad expositiva envidiable, al juicio crítico de quienes se atrevan a leer estas memorias. Estoy seguro de que saldrá bien librado y en este proceso de búsqueda de la verdad, el autor y sus lectores serán los vencedores. Enhorabuena.

www.raulrojassoriano.com